

Lo tendrá entendido el C. Gobernador Constitucional del Estado, mandándolo imprimir, publicar y circular á quienes corresponda.

Dado en el Salón de sesiones del H. Congreso del Estado, en Monterrey, á 24 de Octubre de 1873.—*Agustín Córdova*, diputado presidente.—*Manuel D. Arteaga*, diputado secretario.—*Jesús M. Cerda*, diputado secretario.”

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Monterrey, 25 de Octubre de 1873.—*Ramón Treviño*.—*V. de la Garza y Mireles*, Oficial mayor.

Y no sólo esa manifestación honorífica recibió de parte del H. Congreso. La Legislatura de 1883 expidió su decreto número 18 de 5 de Noviembre de aquel año cuyos artículos 2º y 3º dicen á la letra:

“Artículo 2º La cabecera de la Municipalidad será la Hacienda de Ramos.

Artículo 3º La nueva Villa llevará el nombre de “Dr. González.”

El Ayuntamiento de esa nueva Villa comenzó á fungir el 1º de Enero de 1884.

X.

Su apoteosis.

QUEDA referido por el mismo Sr. Dr. González su viage á Nueva York, en donde recobró el inextimable bien de la vista, del ojo derecho que fué á operarse. Así mismo se lee en su carta el participio que tanto el Gobierno como los particulares, tomaron en demostrar el justo júbilo ocasionado en el momento en que se recibió la feliz nueva de su curación.

Con el tierno título de “Ofrenda que la gratitud pública consagra al Benémerito Dr. José Eleuterio González, con motivo de su regreso á esta ciudad de su viage á Nueva York el 22 de Noviembre de 1883,” se edictó un opúsculo de 78 páginas en cuarto mayor, conteniendo correctísimos artículos, descripciones animadísimas, elocuentes discursos en nombre de las asociaciones científicas de esta capital, poesías de un lirismo levantado, sin degenerar en conceptuosas, piezas que fueron pronuncia-

das en su oportunidad desde las margenes del Bravo hasta en nuestro Teatro del Progreso.

Lucha fatigosa hemos tenido con nosotros mismos al renunciar á la honra que recibiría nuestro trabajo, con la inserción de todas aquellas piezas literarias; porque sabemos bien que, careciendo de ellas, faltará luz á nuestras páginas, calor, vivacidad, á nuestras referencias, faltándoles aquel entusiasmo propio de las circunstancias, con que aparecen engalanadas tan bellas producciones.

Sólo tomaremos de ellas lo que baste para presentar un bosquejo de aquella magna ovación, que justamente podemos llamar la "Apoteosis" del respetado y queridísimo Dr. González.

El inteligente Ingeniero, D. Miguel F. Martínez, escribió con pluma maestra la crónica de la serie de ovaciones que recibió Gonzalitos, y no podemos resistir el transcribir varios de sus cuadros porque en ellos se percibe latir el sentimiento, hay la vivacidad de la alegría de un pueblo emocionado, y en medio de aquellas fieles descripciones se ve irradiar la egregia figura del Dr. González, resplandeciendo en toda su grandeza.

"El miércoles último, (1) dice el Sr. Martínez, hallábase reunida muy temprano, en la margen derecha del Bravo, en Nuevo Laredo, la numerosa comitiva el día anterior salida de

(1) 20 de Noviembre de 1883.

esta capital para ir á llevar las felicitaciones de todas las clases sociales de Monterrey al Benemérito Dr. José Eleuterio González, al momento de volver á pisar el suelo patrio y para acompañarle hasta esta ciudad, donde se le preparaba la más espontánea y la más cordial ovación."

* *

"Parecía que la naturaleza preparaba también sus galas, celebrando el feliz regreso del ilustre Mexicano que volvía á su patria.

Una vaporosa nube de azulada niebla cubría cual misterioso, trasparente velo, la pequeña población del otro lado del Bravo. Eran las seis y media de la mañana, cuando una ligera lancha se desprendía de la opuesta ribera, como salida de entre las gazas de aquella matinal neblina. El silencio de la naturaleza concordaba con el silencio de los tripulantes. En la ribera mexicana, permanecían en pie más de ciento cincuenta personas, en su mayor parte de esta capital, que silenciosas también y profundamente conmovidas, fijas sus miradas sobre aquella lancha, esperaban con inquietud vivísima el arribo al suelo mexicano de aquel que, protector y maestro, de aquel, que padre cariñoso, digamoslo así, ha podido enseñorearse de todos los corazones de esta frontera, siendo el objeto de las más sagradas y puras simpatías.

Apenas hiende la lancha las aguas mexi-

canas, cuando el acento de nuestro himno nacional, rompiendo el silencio de la naturaleza, lleva á los oídos del Dr. González los armoniosos concentos de la patria, que partícipe de su dicha, abre sus maternales brazos para recibirle. La música enmudece y también permanecen mudos todos los que allí presentes le esperaban. Pisó el suelo mexicano y el corazón sólo pudo hablar con indecible ternura dirigiéndose á él, como se dirigieron todos, con los brazos abiertos y los ojos arrazados de lágrimas.

Jamás habíamos sentido esa vida de emociones íntimas con que el corazón endulza nuestra dolorosa existencia.”

* * *

“A momento seguido, despues de haber recibido los cordiales abrazos de sus compatriotas, el Sr. Lic. Lázaro Garza Ayala, en representación del Colegio de Abogados de esta ciudad, le dirigió un pequeño y elocuente discurso, con voz tan conmovida, que apenas le alcanzaron sus fuerzas para terminarlo.”

El discurso es el siguiente:

„Plácenos Señor Doctor, y en lo particular pláceme como al que más, haber tenido el encargo por los abogados, nuestros compañeros de profesión en Monterrey, de venir á felicitaros, por vuestro, grato para el Estado, regreso al seno de los nuevoleonenses.

Ay! ¡Triste de aquel, á quien nunca fué

dado ver la luz del lugar donde naciera! ¡Más triste aquel todavía, que perdiera la luz de los ojos, después de haber disfrutado de ella! Para los dos la creación oculta sus encantos: no tienen ya ni magnificencia los cielos, ni la catóptrica sus prodigiosos reflejos, ni asombrosas ilusiones la perspectiva, ni la mañana su arrebol, ni plácidos celages el ocaso: el uno sustituye al menos con bruscas impresiones del tacto, lo que algano de la vista sana mirar pudiera; como si por el reverso viese un hermoso cuadro de Apeles, que allí presenta sombras de masas granuladas; el otro, aun velando, no alcanza á imaginarse el colorido, y solo en apacible sueño, á percibir llegará acaso fugaces fantasmas de bellos colores; éste, más triste, vive soñando.

¡Ah! ¡Feliz aquel, que siempre goza de la luz primera, que alumbró su sér, viviendo y muriendo en ella! ¡Más feliz aquel, que como vos, Doctor querido, vuelve á mirar, privado una vez de la facultad de ver, cual afortunado mortal, que en su afán recobrá inmenso tesoro que le aconteció perder! Proseguir no puedo: ni el brillante ingenio del profundo Ovidio, ni su dulce y culta dicción sentida, para mí, no creo describir pudiesen un tan patético contraste.

Paréceme que, con efusión activa, en los brazos estrechamos á un ilustre desterrado, que por fin pisa otra vez las arenas de la patria, y hasta la ocasión nos presta la agrada-

ble verosimilitud de agazajaros conmovidos en sus venerandos términos.

Para el hombre desterrado, huyen de la vista y le abandonan las montañas magestuosas, los frondosos bosques, los verdes prados, las alegres sementaras, todo el dilatado panorama delicioso de su país natal, con las imágenes de la juventud, los goces de la virilidad y el golpe escénico de visión simpática, y atónito, vagando en un vacío, sufre y se atormenta en él, sin admirar los paisajes, que antes le deleitáran.

Como desterrado fuistéis vos, con dicha un breve tiempo, de nuestro mundo visible por decreto del S. A. del Universo, á quien sin duda así le plugo: entonces no vistéis ni mirastéis la belleza de la floración y de las aves de México, ni el lujoso follaje de sus florestas, ni las excelsas crestas y variados picos de sus levantados montes: ninguna de tantas maravillas de la fecunda naturaleza impresionó vuestra vista, como si os hubiesen rechazado todas, cual se alejan de un desterrado los amenos valles y las soberbias sierras de la tierra de donde parte.

¿Quién no ha sentido, cuando menos por narraciones, la penosa ansiedad del desterrado, su expansivo enternecimiento al ser restituido á la madre patria, la emoción sublime de sus compatriotas, que á las puertas de aquella lo reciben?

Con vos, caro Doctor, sentimos el supremo júbilo en que debéis rebozar, al tocar con planta segura este sagrado suelo, á donde la ciencia os devuelve, por ministerio del alto cielo, para beneficio de la doliente humanidad: con vos nos congratulamos, por el éxito fausto de las operaciones á que fuistéis sometido, para que vieséis y miraséis otra vez en nuestro planeta, la rica parte que á México tocara: os damos por ello el más cordial parabien y el más afectuoso testimonio de nuestra particular satisfacción."

Se hace la relación de que la rica casa de Armendaiz obsequió al Dr. González y á la mayor parte de su comitiva con un magnífico banquete.—Después continúa el cronista:

"Pasemos ahora á las impresiones del viaje. Partido el tren de Laredo, después de una hora, el Benemérito ciudadano pisaba ya tierra de su adoptivo Estado. ¡Cuántas emociones no se despertarían en su corazón! ¡Qué reflexiones no haría sobre este Estado, que le tiene por su Benemérito hijo y á quien él había consagrado con todas sus fuerzas todo su valor! Nosotros creemos que los recuerdos asaltaban en torbellino su imaginación. La enfermedad de que adolecía le había hecho vivir entre densas y negras sombras. Dos meses hacía precisamente que ciego, había recorrido el mismo camino, y hoy, que ha podido ver el cielo azul de su Estado, sus campos, sus mon-